



EL EXILIO ESPAÑOL EN MÉXICO ANTE LA TRANSICIÓN POLÍTICA

Inmaculada Cordero Olivero

De repensar España, de eso se trataba. En 1957 Manuel Cocho Gil pronunció una conferencia en el Ateneo Español de México, que tituló “Imperativo español es recordar el pasado, examinar el presente y preparar el futuro”, en la que resumía certeramente el compromiso intelectual de un exilio cada vez más consciente de su fracaso político. Según Cocho, el deber vital del exiliado con España había de concretarse en analizar el pasado, para evitar caer en los mismos errores históricos y examinar el presente, para adoptar una posición justa ante el franquismo. Esa reflexión había de servir para algo más que desahogar la frustración, combatir la nostalgia, justificar comportamientos o determinar responsabilidades, había de ser útil para encontrar un futuro que invalidase el tópico de la consabida improvisación hispana. En el cumplimiento de esa misión intelectual el transferrado terminó dando forma a un imagen personal de la situación pasada y presente de la península, y, como no, unas determinadas expectativas de futuro. Eso explica su interés por la forma en que España evoluciona tras la muerte de Franco. La desconfianza y la decepción, primero, la resignación después, marcan la trayectoria no sólo intelectual de un grupo que termina sintiéndose, definitivamente, desterrado de España.

Trataremos aquí de conocer cómo supo e interpretó aquel grupo de hombres lo que ocurrió en la península entre 1975 y 1982, y, a la luz de esa imagen, cómo reaccionó ante los acontecimientos; algo tan importante para el exilio como para la sociedad de acogida, la mexicana, que por diversos motivos miró la Transición política española a través de los ojos de aquellos refugiados.

En muchas ocasiones fueron los propios miembros del grupo, retornados a España temporal o definitivamente, quienes se encargaron de hacerles llegar sus impresiones el desarrollo de los acontecimientos, en otros casos fueron los “amigos” de la causa en el interior de la península. Esas

imágenes fluyeron a todo el grupo gracias a publicaciones como el “Boletín del Centro Republicano Español” o la revista “Xaloc”, publicada por el Orfeo Catalá de México. Pero también lo hicieron a través de la prensa mexicana, “Excelsior”, “Novedades” o la revista “Siempre” estuvieron habitualmente dispuestas a prestar sus páginas a los transterrados. Por otra parte, desde España llegaban, no sin cierta dificultad, “El País” y “Cambio 16”¹. A través de todos esos medios el exilio creó y transmitió una imagen de la Transición política española que tuvo como referentes centrales el comportamiento de los españoles, de la clase política y del rey.

La trampa política

Si la guerra y el exilio habían sido “la gran cosa” en la vida del refugiado, cabría esperar que la enfermedad y muerte del dictador causasen una profunda conmoción. El fallecimiento de Franco en la cama, como la del odiado Fernando VII, tanto tiempo esperada, más que nuevas esperanzas despertó curiosidad por lo que se avecinaba. El exilio había observado con atención la tensión de los últimos coletazos del franquismo. Francisco Giner estuvo en España en los momentos previos al fallecimiento del dictador, Francesca Vidarte un poco después. Uno y otro divulgaron las impresiones de un país que se debatía entre el miedo de los mayores a la repetición de la Guerra civil, el absoluto desconocimiento de los jóvenes, y la confusión reinante dentro del propio franquismo y en los movedizos límites entre éste y los reformistas.

En los dos últimos años el sistema se había roto. La ley antiterrorista de agosto de 1975 había marcado el final del franquismo. Con ella, tal vez presionado por los ultras, Franco había perdido la serenidad básica que le había mantenido en el poder cuarenta años, dejando constancia de que el coste de la represión era demasiado alto. ¿Permitía eso recuperar la esperanza? El pesimismo del exilio era evidente. El gobierno de la República española en el exilio hizo pública su postura en un comunicado que todos los diarios mexicanos recogieron. En él, sus representantes manifestaban serias dudas sobre la posibilidad de que Juan Carlos significase la recon-

1. No resultaba fácil adquirir prensa española en México durante estos años. En algunos casos llegaba a través de suscripciones individuales o colectivas, en otros el exiliado encargaba su diario en alguno de los pocos centros distribuidores de los mismos, como la cadena “Sambors”. Con todo, la prensa española que llegaba a México era mínima y la imagen de la Transición en el exilio se construyó fundamentalmente a través de los contactos con quienes permanecían en la Península o de publicaciones mexicanas. Por otra parte, en los años Ochenta, ya en el sexenio de De la Madrid, “El País” estuvo censurado después de publicar un artículo sobre la fortuna presidencial. En esa etapa se prohibió su circulación, aunque se mantuvieran las suscripciones por correo.

ciliación o la apertura. Para que así fuese sería necesario que el príncipe faltase al juramento hecho a Franco, de la misma manera que había faltado ya a su padre y a la propia monarquía. En todo caso, aunque aquella fuese su intención, los franquistas no lo permitirían. Tanto el joven don Juan Carlos como su padre no eran más que «instrumentos de la oligarquía reaccionaria para salvaguardar los privilegios con ropaje democrático»². Por eso, el exilio hacía un llamamiento a los españoles para que reaccionasen ante el que ya se anunciaba como último engaño del franquismo:

[...] el gobierno de la República en el exilio mantendrá en alto la bandera de la legitimidad, porque aunque algunos de nuestros compañeros en el exilio no acierten a comprenderlo, el sagrado patrimonio de la legitimidad ha sido y será siempre el más recio baluarte, el inexpugnable alcázar, contra el que se estrellaron y estrellarán los asaltos de los poderes arbitrarios de la tiranía. Ningún poder ilegítimo, por grande que sea el número y alcance de sus cañones, puede considerarse consolidado mientras los magistrados de la República mantengan en alto la bandera de la legitimidad, que es nada menos que esto: el derecho irrenunciable de la nación a disponer de su propio destino³.

A la muerte de Franco, “Revista de revistas” sondeó la opinión de algunos de los miembros más conocidos del exilio mexicano sobre sus expectativas de futuro para España. Fernando Valera, José Puche, Francisco Giral, Jesús Bernárdez, Ignacio Morell, Felipe Varea, Manuel Sarmiento, expresaron su inquietud en las páginas de la revista. Todos reconocían que la España de 1975, tras 36 años de mordaza, era una incógnita para ellos. Desconocían si las nuevas generaciones aceptarían la monarquía, pero aseguraban que existía un divorcio entre la sociedad española y su gobierno. Este representaba un anacronismo en el orden internacional y también en el interno. La España de Franco era la España medieval, la vuelta de la monarquía sería igualmente anacrónica. Frente a ello, la República continuaba siendo la única vía a la modernización de la península. El regreso a la legitimidad no era una utopía⁴.

Por eso, no por más esperada resultó menos decepcionante la que entendieron como confusa continuación del franquismo sin Franco. Tanto que mereció una toma de posición oficial por parte del Centro Republicano Español, en nombre del exilio mexicano:

2. “El Nacional”, 26 julio 1974 p. 1.

3. Palabras pronunciadas por Fernando Valera, el 9 de noviembre de 1975, en un almuerzo ofrecido por el Centro Republicano Español a Luis Echeverría. *Tras el vilipendio de la tiranía, la dignidad nacional no tolerará una monarquía impuesta*, “El Día”, 10 noviembre 1975, p. 2.

4. D. Cordero, *España sin Franco, ¿franquista?*, en “Revista de revistas”, 26 noviembre 1975, pp. 20-25.

Ante los acontecimientos que están ocurriendo ahora mismo en España, esta Institución — genuina depositaria de las esencias liberales y democráticas de la emigración republicana española — no puede permanecer en silencio. Aherrojado nuestro pueblo, aplastado y enmudecido por la violencia, una vez más, levantamos nuestra voz en su nombre. Nunca creímos en la posibilidad de apertura democrática auspiciada por el gobierno postfranquista. Por fin los tiranos han arrojado la máscara y, dando de lado a su hipocresía y doblez, se presentan como en verdad son: despóticos y reaccionarios. Vuelven a llenarse las cárceles de víctimas que no han cometido más delito que intentar actuar para conducir a España por el camino de la libertad de la decencia y de la civilización. Los tiranos sólo piensan en ganar tiempo para perpetuarse con cualquier disfraz y salvar el botín obtenido en la guerra civil y durante los cuarenta años que mantuvieron al pueblo en servidumbre. No lo lograrán. Desposeyeron a los españoles de su derecho a la autodeterminación y, mientras no lo recuperemos, no habrá, no podrá haber paz social y política en España. Estamos conscientes de que sólo la República liberal y democrática puede garantizar a nuestro pueblo el tranquilo disfrute de sus libertades y derechos. Mientras esto suceda estaremos, como siempre, en pie de lucha.⁵

Por lógica, esa firme toma de postura situó al exilio en las antípodas de una reforma que entendió como el disfraz del franquismo para perpetuarse en el poder.

Todo parecía indicar que en el ánimo de Juan Carlos y de Arias Navarro pesaba demasiado el franquismo ortodoxo. De manera que todo lo que Franco ató permanecía atado en 1976. Los políticos hablaban de democracia, pero eran los mismos que un día apoyaron a Franco. La derecha continuaba manteniendo su posición privilegiada y determinando los movimientos del rey y el presidente. Arias había prometido unos cambios que nadie sabía con certeza cómo ni cuando se llevarían a cabo. La falta de claridad del primer gobierno de la monarquía, la pérdida intencionada de tiempo por parte de este, agudizaban la inquietud política y ésta, unida a una situación económica cada vez más precaria, estaba colocando a España en una situación demasiado parecida a la de 1936.

En esa tesitura, cuando se planteó el referéndum sobre la reforma política, el exilio trasladó a la sociedad mexicana su desconfianza en una consulta que, si se planteaba como el inicio de un auténtico proceso de cambio y no un simple traspaso de personas y cargos, nunca llegaría a celebrarse. Si se hacía era porque no se trataba más que de un sondeo de la opinión, sin otra función que la testimonial, dirigido exclusivamente al “funcionario español del franquismo”, y no al español con antecedentes subversivos. Además, «[...] cuarenta años de impunidad, robos, abusos, deshonra, no se cambian con una consulta. Primero porque no será pública,

5. *Editorial*, en “Boletín del Centro Republicano Español”, mayo 1976, n. 6, p. 1.

sino limitada a los vencedores. Segundo porque así nunca aceptará su juicio cediendo el derecho al vencido»⁶.

Los entresijos del engaño parecían así de claros:

Quien piense que los requisitos del referéndum serán urdidos por el monarca que recogió las migajas de 40 años de fascismo, en junta de condes, [...] está equivocado. Pobre ingenuo, pues el simpático Don Juanito, hechura de Paco el grande, viajará la Departamento de Estado de Washington donde recibirá las órdenes [...].⁷

Con la arrogancia de quien se siente depositario de la razón, el exilio calificaba la evolución de la España postfranquista como “más de lo mismo” en un país inmerso en un tiempo de “ratas sabias”, que abandonaban el barco, disfrazándose de aperturistas, con el fin de mantenerse en el poder.

Los testimonios resultaban desalentadores. Alvaro Custodio aseguraba en “Siempre” que un año después de la muerte del dictador, todo continuaba como aquel lo dejó: los cargos civiles y militares ocupados por quienes le sirvieron, la riqueza en manos de la misma oligarquía que constituyó la base del franquismo, la Iglesia controlando el pensamiento de la burguesía y de las gentes del campo, etc. Pero lo peor era que los españoles seguían dormidos. Una dolorosa realidad comenzaba a ser cada vez más evidente para el periodista:

Cuesta trabajo creerlo, pero resulta no ya difícil sino impracticable acomodarnos con los españoles de la era franquista por mucho que sea su inconformismo. Todos llevan en el fondo del subconsciente un lastre acumulado tras 40 años de tragar ruedas de molino, sables de doble filo y, en ocasiones, tizones ardiendo, como los tragafuegos callejeros. No creo que haya existido en un país civilizado del siglo XX una dictadura tan mezquina ni tan insalubre como la franquista [...].⁸

En el curso de aquel engaño, orquestado con la única pretensión de dar un espaldarazo a la monarquía sin exponerla a nada, Custodio denunciaba la escasa diferencia entre la consulta de 1976 y las realizadas por Franco en 1947 y 1966, así como la manipulación del electorado. De esta manera, la escandalosa desigualdad a favor del sí durante la campaña le sugería la idea de que el gobierno español trataba de convencer a los españoles, «como a los patos en Francia, engulléndoles la comida para obtener el exquisito paté»⁹.

6. C. Nenclarés, *Nunca habrá otra República*, “Excelsior”, 27 abril 1976, p. 7.

7. *Ibidem*.

8. A. Custodio, *Franco muerto gana batallas como el Cid*, en “Siempre”, 15 diciembre 1976, pp. 40-41.

9. A. Custodio, *España en 1977*, en “Siempre”, 26 enero 1977, pp. 42-43.

Eso y el “amañamiento del censo”, algo que había evitado que votase un 25% de la población, habían terminado por convertir todo el proceso en una espectacular farsa.

Si se hubiese preguntado a los españoles si querían seguir con la monarquía o preferían una República, sí hubiese sido un verdadero referéndum. Pero, tal y como se había planteado, publicó José Alonso Giner en “El Dictamen” y “Excelsior”, el referéndum no era más que una votación dirigida, presionada y manipulada, para fortalecer a Juan Carlos. Y es que el gobierno sólo había dejado a los españoles dos opciones: el sí o el desastre.

Con todo, un día después de la celebración la consulta sobre la reforma el presidente, Fernando Valera, se congratulaba del resultado. Todo ese «tinglado», afirmaba, formaba parte de una comedia «fregolista», siendo «Frégoli (famoso transformista de su niñez) el prototipo de una España en la que nada era lo que parecía». No obstante, lo que en principio era negativo, podía tener, a largo plazo, un resultado positivo. Lo quisieran los que denominaba «franquistas de nuevo cuño», o no, la consulta había despertado la conciencia pública española y una vez despierta el proceso sería irreversible. El destino de la tragedia española no podía ser otro que el de su libro, *Ni caudillo ni Rey: República*. Valera resumía muy bien el sentir del exilio respecto a la reforma política: desconfianza; pero también una agrídulce satisfacción por lo que se comenzaba a ver como un mal menor.

En el curso de aquella obra de teatro que se representaba en la península, llama poderosamente la atención la amargura con que los republicanos vivieron la legalización del PCE, sobre todo cuando ARDE careció de legalidad hasta después de las elecciones de junio de 1977. Alvaro Custodio volvía a poner el dedo en la llaga en su crónica semanal para “Siempre”, al señalar que:

[...] al parecer el enemigo ahora más odiado por el actual régimen no son los socialistas — a quienes se dio el visto bueno el pasado diciembre — ni los anarquistas de la CNT que ya celebraron un gran mitin de masas, ni los comunistas, repudiados por el ejército y por Fraga, sino los republicanos, pese a su anodino carácter pequeño burgués. La policía y la guardia civil ya no retiran banderas vascas, ni catalanas, ni rojinegras, ni rojas, pero montan en cólera y arrancan con furia por órdenes superiores la mínima expresión tricolor de una insignia republicana¹⁰.

Esa benevolencia con los partidos revolucionarios frente a la dureza exhibida con los republicanos resultó, para los propios mexicanos, una de las contradicciones más evidentes del proceso; algo aprovechado por el exilio activo para justificar su negativa a aceptar como bueno el proyecto reformador.

10. A. Custodio, *El comunismo es legalizado*, en “Siempre”, 25 mayo 1977, p. 24.

La dureza con que el exilio republicano y socialista juzgó la participación de los comunistas en aquella farsa respondía a sentimientos muy arraigados. Las ofensas de la guerra seguían vivas entre quienes todavía mantenían una situación vital consecuencia de aquella. Para aquellos, los comunistas continuaban siendo responsables del resultado de la contienda.

En un artículo de Salvador de Madariaga, publicado simultáneamente por varios diarios mexicanos, quedaban muy bien reflejados aquellos prejuicios. Los exiliados no perdonaban a quienes, a través de la campaña de Largo Caballero en pro de una revolución socialista, fueron culpables de que los sucesos del 18 de julio desembocaran en una Guerra civil. Tampoco olvidaban la falta de lealtad demostrada por los comunistas en la guerra y que habían vuelto a dejar patente en numerosos momentos del exilio. Basándose en la dependencia directa del PCE de su matriz soviética, don Salvador pedía un trato de reciprocidad. De manera que sólo cuando un liberal pudiese participar en el juego político en el Este, se legalizase en España un partido comunista. La reflexión de don Salvador concluía llena de desesperanza:

Era de temer que la opinión pública española, saliendo de treinta y nueve años de autocracia, cayera en algunos errores [...] lo que sorprende a veces es no que haga errores, sino que errores hace¹¹.

A pesar de ello, ni siquiera el exilio más activo podía negar lo evidente, la evolución de España; sobre todo desde que, en agosto de 1977, se legalizó ARDE. Ahora bien, eso no impidió que el exilio se mantuviese alerta, denunciando el solapamiento de legitimidades durante el proceso; la inexistente ruptura con las instituciones y personalidades del franquismo; la imposición de la monarquía y el proceso de mitificación de la misma que se estaba llevando a cabo; una Constitución creada de espaldas al pueblo y que intentaba dar solución a los mismos problemas que se planteó la República, copiando muchas de las resoluciones de aquella y demostrando la actualidad de Azaña cuando afirmó que se estaba dando un rodeo pavoroso; en fin, denunciando ante la opinión pública mexicana y ante sus propios compañeros, cual si tuviera que convencerlo de ello, que «la pretendida reforma no era más que la consolidación de la plutocracia en perjuicio de los intereses de nuestro país, que reclama libertad y justicia social para nuestro pueblo y compatriotas»¹².

11. S. de Madariaga, *Fijando posiciones*, “Excelsior”, 23 marzo 1977, p. 7; “El Informador”, 18 marzo 1977, p. 3.; con el título *Cosas raras*, “El Siglo”, 16 abril 1977, p. 2. Madariaga reconocía haber propuesto la legalización por respeto a su carácter liberal, pero defendía el derecho del gobierno español a negarse a esa legalización. ¿Se oponían quizás la razón y el pragmatismo a los sentimientos íntimos que impedían olvidar las afrentas de la guerra?

12. *En este 14 de abril*, en “Boletín del CRE”, marzo de 1978, n. 14, p. 2.

La confianza en que, antes o después, la Tercera república llegaría permanecería inquebrantable, ya que, tras cuarenta años de dictadura, España tenía planteados los mismos problemas, ulcerados con el paso del tiempo. Aún más, no se planteaban otras soluciones que aquellas que la República ensayó en aspectos como el sistema de partidos y sindicatos, el divorcio, la enseñanza, la autonomía de las regiones, incluso la reorganización del ejército. La Constitución de 1978 no sólo era ilegítima, sino que, además, no aportaba ninguna solución novedosa. De ahí la plena vigencia de aquella mítica Constitución de 1931, que bien podría funcionar en la España de la Transición sin necesidad de modificación alguna.

Lógicamente, aquella semejanza no quería decir que lo que el rey, Suárez y sus ministros estaban haciendo fuese política republicana; les faltaba eficacia y, sobre todo, autenticidad:

[...] La mayor docilidad que a la obra del gobierno muestran ahora los elementos conservadores (comparada con la actitud cerril, brutal, y suicida de los años 30) y también la pasividad de los pretendidos revolucionarios de entonces, es posible que tenga su profunda significación precisamente en el carácter eufemista e hipócrita de toda esta labor política, tanto oficial como privada, que estamos presenciando [...]¹³.

El inexplicable consenso

Tal vez resulte paradójico, pero la Transición terminó logrando lo imposible, que el exilio defendiese parecidos planteamientos que sus viejos enemigos peninsulares, quienes, consecuentes con su pasado, acusaban de deslealtad a quienes estaban dirigiendo la transición. La falta de sintonía entre el exilio y la oposición interior resultaba evidente.

En principio, la negativa de aquella a participar en la reforma presentada por Suárez fue ampliamente elogiada desde el exilio mexicano. No sólo por ética, también porque al negarse, como lo hizo la oposición portuguesa ante la farsa amañada por Gaetano, demostraba visión de futuro, ya que esa negativa le permitiría recuperar su prestigio y esperar, con las manos limpias, la caída del posfranquismo. Así lo entendía Custodio:

[...] el resultado de la contienda civil con la victoria del sector castrense y sus aliados sigue en pie de guerra si las dos cámaras llegan a aprobar cualquier medida de absoluta ruptura con el pasado [...] Lo que nos hace pensar que casi es preferible que el proceso democrático verdadero de España se aplaze unos años para que las derechas más o menos civilizadas — como afirma Carrillo — sigan gobernando a fin de que no se produzcan terribles y dramáticos traumas¹⁴.

13. A.C. Márquez, *Las huellas de la República*, en “Boletín del CRE”, junio de 1978, n. 17, p. 5.

14. A. Custodio, *Quién ganó en España*, en “Siempre”, 22 junio 1977, p. 11.

El realismo político aconsejaba, pues, esperar. Pero la evolución de los acontecimientos fue otra. El cambio de actitud de la oposición ante las elecciones de 1977 decepcionó a buena parte del exilio, lo mismo que aquel espíritu de consenso que la prensa mexicana alababa. En el fondo, los viejos republicanos no se explicaban cómo miembros de partidos de izquierda se prestaban a ser cómplices en los Pactos de la Moncloa y a votar una Constitución monárquica. Alguno apuntaba, cínicamente, que todo tenía su lógica: la sociedad de consumo había alumbrado una política de consumo. Lo mismo que los muebles o los electrodomésticos ya no servirían para toda la vida, la política se había convertido en un objeto más de aquella sociedad satisfecha:

Es la sociedad de consumo. La política de consumo nos fabrica coyunturas, oportunidades, tácticas y estrategias que nos sirven para el día. Vamos viviendo día a día sin tiempo para pensar en el futuro. Se han roto las perspectivas, se han desmenuzado los programas vitales. Pensamos al día una verdad, nos aferramos a ella. Mañana no nos servirá. Nos darán otra antes de que se haya estropeado la nuestra: no estaremos seguros de sí es la misma levemente modificada con alguna lucecita más, un cambio de carrocería y un delicado cenicero como pasa con los coches que cambiamos [...]. Asumamos nuestras contradicciones. Seamos lo contrario de lo que somos para poder ser lo que somos; traicionémonos un poco para poder ser leales con nosotros mismos [...]¹⁵.

Para aquellos que añoraban aquellos tiempos felices en que se podían tener ideas para toda la vida, aquel resultaba un juego peligroso en el que el español, confuso y atónito, terminaría aturdido con tanto cambio y transformación. Por eso, el desencanto de la ciudadanía no era sino la primera consecuencia de aquella transigencia culpable. Faustino Lastra apuntaba así:

El Consenso ha tenido la mala virtud y por lo tanto no es una virtud sino un defecto, de que la imagen de los partidos que han participado en el Consenso y en los Acuerdos de la Moncloa ha quedado totalmente desdibujada; es decir no creo que el país, [...] esté viviendo una etapa donde sea posible hacer cambios radicales profundos, entre otras razones, porque la vida de este país está ligada a la de otros países donde no florecen precisamente las ideas más radicales [...] la participación de los partidos de izquierda, fundamentalmente del PC en los acuerdos de la Moncloa y en el Consenso, ha traído una consecuencia grave para el partido, y es que el partido ha perdido su imagen, es decir, en otras palabras: creo que los beneficiados de estos acuerdos y de estos conciliábulos ha sido la derecha [...]¹⁶.

15. Pozuelo, *No crea usted en si mismo ni en los demás*, "Boletín del CRE", diciembre de 1978, n. 23, p. 7.

16. *Entrevista a Faustino Lastra*, Archivo Oral del Exilio, Archivo de la Guerra civil, Salamanca (de ahora en adelante AOE-AGC), PHO/Esp. 26, p. 122.

Y lo peor de aquella izquierda, cuyo comportamiento resultaba sorprendente para el exiliado, era que había “dejado hacer” a una derecha que le ha perdido el miedo y el respeto:

[...] perseguida durante cuarenta años y teniendo en cuenta la forma en que se hizo la transformación del régimen franquista al postfranquismo los partidos de izquierda, yo por lo menos tengo esa sensación, han querido presentarse como partidos con una fachada honorable y respetable. Es decir, de no provocar el miedo en la derecha, lo cual les ha llevado a perder realmente, no solamente la fachada sino el contenido mismos [...]¹⁷.

La clase política

Con esos precedentes, no resulta extraño que la imagen de los políticos peninsulares en el exilio sea, generalmente, negativa. Los de derecha por haber sabido hacer lo que debían hacer, los de izquierda por todo lo contrario. El problema era que no existía en la España de la Transición una clase política comparable a la de la Segunda República. Les faltaba formación, experiencia e ideales. José Salamanca señalaba al respecto: «Felipe González, el fulano, el mengano son nada, son, para mí, castañeta y flauta, nada más... porque no tienen formación, les falta experiencia política, fundamentalmente les falta experiencia política»¹⁸.

No sólo eso, sino que, además, España se había convertido en el país «de los políticos cansados». Según Pedro el pesimismo, la desgana de la clase política hispana, una vez se aprueba la Constitución, no tenían parangón más que con la de la crisis del '98. Indudablemente, la situación económica y política de España eran difíciles, pero la solución — continuaba: «no parece que esté en esta especie de ejercicio masturbatorio de situar las cuestiones en los los olimpos inasequibles del desaliento o de la angustia, sino en la asunción de la responsabilidad que a cada uno le tocó».

No cabía duda que Suárez y la UCD estaban haciendo muy mal las cosas, pero la oposición no lo estaba haciendo mejor, y el resultado resultaba desalentador: «No hay en todo el occidente una clase política, como la española, que en lugar de reaccionar ante las dificultades esté transmitiendo tal sensación de desánimo y de incapacidad creadora»¹⁹.

No obstante, a pesar de ser minoría, también hubo en el exilio quien se felicitó precisamente por ese mismo pragmatismo, tan duramente juzgado por sus compañeros de destierro. El profesor Marcelo Santaló, por ejem-

17. *Ibidem*, p. 173.

18. *Entrevista a José Salamanca*, AOE-AGC, PHO/10/Esp. 1. p. 128.

19. P. Altares, *El país de los políticos cansados*, en “Boletín del CRE”, noviembre de 1980, n. 47, p. 6.

plo, consideraba que el mal de la República había sido la excesiva ideologización de sus líderes políticos, su radicalismo en las ideas, y una falta de flexibilidad que hizo imposible la búsqueda de soluciones a los problemas:

[...] el político español ha sido un poco siempre, e incluyo a los catalanes, un poco insensatos, pero ahora me parece que están siendo un poco más sensatos, actuando pues lo que se dice, de una manera más pragmática y viendo a ver si pueden resolver los problemas [...]²⁰.

En aquella clase política destacaban con nombre propio Adolfo Suárez y el todavía joven Felipe González. Otros resultaban viejos conocidos, como Manuel Fraga y Enrique Tierno y, como no, Santiago Carrillo. Todos carecían de la lealtad debida, en unos casos al Movimiento y en otros a la historia de sus partidos. No existía duda de que sin su connivencia las pretensiones de Suárez no habrían tenido éxito. Sin duda, Santiago Carrillo fue quien recibió mayores críticas desde el exilio, no sólo republicano y socialista, también desde las filas de su propio partido. Aquel decisivo apoyo a la monarquía y a la reforma le valieron los más variados insultos. Por eso, cuando, ya en la década de los Ochenta, el político comunista se enfrentó a numerosas vicisitudes dentro de su formación, no pocos exiliados las vivieron con cierta satisfacción. José Salamanca, por ejemplo, desde una posición contraria al Eurocomunismo, por estimar que éste sólo había confundido al pueblo español, se congratuló con la caída en desgracia de quien tachó de embustero, por su actitud cuando «vino aquí a rendirle pleitesía al rey, en relación con las consignas que había estado dando en los años de emigración, y con lo que representaba el PCE»²¹.

Mucho menos duro se mostró el exilio con la actitud del PSOE durante la Transición. La postura “distante” que éste mantuvo a lo largo del proceso, le permitió quedar al margen de la crítica y consolidarse como la mejor alternativa para España, y no sólo desde las filas socialistas. Si la imagen de Felipe González se fue afianzando, desde la oposición, como el único político auténtico de cuantos participaron en la vida pública hispana de aquellos años, el presidente del gobierno desde julio de 1976, calificado como un oportunista, demagogo y franquista, nunca llegó a ser visto como un hombre de estado. Ni siquiera se le reconoció el rango de auténtico político. Eso, precisamente, le había convertido en el personaje necesario para poner en marcha un proceso de aquella índole.

Francesca Linares de Vidarte apuntaba, en el Archivo Oral del Exilio, que Suárez lo hizo rematadamente mal, pero era el único que podía hacerlo. De esa manera, dio tiempo a González para adquirir la experiencia polí-

20. *Entrevista a Marcelo Santaló*, AOE-AGC, PHO/10/53. 1, p. 71.

21. *Entrevista a José Salamanca*, cit., p. 61.

tica que le faltaba, y preparó el terreno para la auténtica Transición; esa que comenzó con el intento de golpe de Estado en 1981 y que protagonizaron los primeros gobiernos socialistas:

[...] el gobierno de Suárez me parecía un desastre; Suárez es un hombre que no tiene ni una idea, ¡ni una! [...] no había tal transición, ni tales cuentos; la transición se hizo, en mi opinión a partir del golpe de Tejero [...] que yo creo que Suárez estaba enterado porque es imposible aunque sí fuera tonto, que un jefe de gobierno español no estuviera enterado de la conspiración, y más en aquel momento [...] ²².

En el polo opuesto, la viuda de Vidarte describía a González como un político sólo comparable alguna de las más grandes figuras de la historia de España, comparándolo con el Conde de Aranda:

Felipe para mí, es decir el presidente González para mí es el ¡primer hombre de Estado que ha dado el país!; que no solamente en el interior sino que se ha proyectado de tal manera en el exterior, que eso de España no se había visto nunca, más que, si acaso, con las fuerzas de la armas de Felipe II, o de cuando el ejército español perdía la batalla de Rocroi o alguna cosa de esas, pero no había una proyección así, nunca la había tenido. España no había tenido hombres de Estado en mi opinión, más que en tiempos de Carlos III ²³.

No se trata de una reflexión aislada, la imagen de Felipe González se va creciendo en la oposición, a la par que se acepta, incluso, el argumento de que Adolfo Suárez podía resultar un mal necesario.

Una sorprendente evolución: la imagen del rey

Más controvertida resulta la evolución de la imagen del rey en el exilio. El príncipe iluso de las postrimerías del franquismo, se había transformado en un monarca más astuto de lo deseable. Así lo ponían de manifiesto las maniobras dirigidas por el mismo para “cambiarlo todo, sin cambiar nada”. Con todo, ya en diciembre de 1978, la opinión pública mexicana y buena parte del exilio no republicano consideraba a Juan Carlos un valor insustituible, al menos de momento, para la futura democracia española. Sin embargo, la postura del exilio republicano permanecía inalterable. El *Centro Republicano Español* utilizó su boletín para embestir, en nombre de la lealtad republicana, contra los que calificaba como «monárquicos accidentales». En boca de su presidente, Francisco Varea, aquellos repu-

22. *Entrevista a Francesca Linares de Vidarte*, AOE-AGC, PHO/10/98, p. 304.

23. *Ibidem*, p. 315.

blicanos indomables rechazaron cualquier alusión al Monarca como «motor del cambio», imagen que «la mitología del Régimen» había comenzado a difundir. En cualquier caso, aclaraba el viejo líder republicano, si el proceso democratizador era auténtico, lo que ponía en duda, tenía como único protagonista al pueblo español, y no a un rey al que consideraba su principal obstáculo. En realidad, lo que Juan Carlos había hecho, «ayudado por los intereses que representa y por la llamada oposición», era consolidar las antiguas estructuras. Tras unas elecciones manipuladas y una Constitución, reformista sólo en apariencia, se escondía una España que no se había transformado un ápice desde el franquismo. Tanto era así, que resultaba más cierto que nunca aquello de que Franco había dejado todo bien atado²⁴.

No obstante, la obstinación de ese grupo activo no pudo impedir que la imagen del rey fuese transformándose en un sentido positivo a los ojos de muchos reconocidos miembros del propio exilio republicano. Francisco Giner de los Ríos, por ejemplo, quien se declaraba republicano de nacimiento, alababa así el papel desempeñado por el monarca a lo largo del proceso:

[...] lo que es fabuloso, realmente, es el rey [...] el rey que nos ha tocado en suerte, sé que algunos amigos republicanos en México les, [...] no lo no lo [...] no entran por ello. Yo le repito a usted que sigo siendo republicano como siempre, sobre todo [...] hay republicanos sólo por convicción o por [...] yo soy republicano de nacimiento ¡vamos! es decir, como se dice vulgarmente “lo he mamado” de generaciones y generaciones de mi familia, somos republicanos de siempre; es decir no puedo pensar en ser monárquico y [...] sin embargo, tengo un gran respeto por lo que ha hecho ese hombre, en ese sentido comparto la frase de María Zambrano, que también estuvo exiliada en México, y que dice que es “el rey más republicano que conoce”²⁵.

Entre las virtudes que el viejo republicano le atribuía se encontraban el haber salvado a la democracia en el 23 de febrero de 1981, así como haber renunciado a crear una corte, «hasta el punto que la nobleza famosa española está ofendida con él, porque ya no hay damas de honor». Por otra parte, Giner consideraba ejemplares detalles como el comportamiento del joven rey cuando, con motivo de una operación practicada a don Juan en Nueva York, decidió trasladarse hasta allí en un avión comercial, cuyo pasaje pagó el mismo. Todo un ejemplo en la que don Francisco calificaba como una España corrupta. «Dirán que son gestos, así, para la galería, eso... cuando uno ve que un ministro se va de caza en un Mystere del ejér-

24. *Habla Francisco Varea sobre el proceso democrático en España*, en “Boletín del CRE”, diciembre de 1978, n. 23, p. 1.

25. *Entrevista a Francisco Giner de los Ríos*, AOE-AGC, PHO/10/Esp. 50. 2, p. 402.

cito», es importante²⁶. Lo fundamental de esas reflexiones sobre el rey era que permitían concluir a un declarado republicano que en ese momento, principio de la década de los Ochenta, la República sería una aventura que, sencillamente, empujaría a la dictadura.

En sentido parecido se expresan cuantos exiliados fueron entrevistados para el Archivo Oral. En todos los casos los sucesos del 23-F marcan un punto de inflexión en la imagen del monarca. La actitud de Juan Carlos en aquellos momentos le valió el apoyo unánime de un exilio que, paradójicamente, terminó encontrando en la monarquía un punto de fusión. Una de las entrevistadas, Francesca Linares, comparaba el 23-F con el golpe de Pavía, asegurando que de igual manera que Castelar estaba al corriente de aquel, Suárez lo estaba de éste; pero no el rey, quien aparecía como un auténtico salvador. También Juan Gil-Albert, el primer republicano exiliado que en 1947 regresó a España, se declaraba ferviente admirador de don Juan Carlos, desde su actuación durante el intento de golpe. En unos momentos en que se amontonaron los recuerdos, el miedo, la angustia ante una posible repetición del pasado, el rey, sorprendentemente, evitó el desastre:

Poco después oíamos las palabras del rey: otro golpe de signo contrario. Era algo tan inaudito; así como lo otro era lo corriente en nuestra historia, el caso del rey era lo inaudito, oír al rey — que se había puesto esa noche, recuerdo, el toisón de oro y esto, ¿verdad? — con voz, en fin que los españoles no olvidaremos cualquiera que sea la tendencia²⁷.

Otros, cada vez más solos, entendieron aquellos acontecimientos de distinta manera. Una vez más fue Francisco Varea quien, desde la presidencia del Centro Republicano Español en México, apuntó que el rey no había hecho otra cosa que cumplir con su deber. En todo caso, «como jefe de las Fuerzas Armadas su actuación ha dejado mucho que desear, en cuanto ha tolerado indisciplinas por doquier, y no ha impuesto el respeto debido a la soberanía nacional. Ha faltado pues a su compromiso de servirla»²⁸.

La actuación real no era, pues, motivo para modificar la postura republicana ante la monarquía. Por otra parte — continuaba — no eran ciertos los comentarios que, a raíz de aquellos sucesos, corrían por la opinión pública afirmando que los republicanos habían acordado dar paso a la monarquía, tras la muerte del dictador, para conseguir la consolidación del país. Todo ello formaba parte del mito de la Transición. El exilio ya había

26. *Ibidem*, p. 403.

27. *Entrevista a Juan Gil-Albert*, AOE-AGC, PHO/10/Esp. 23, p. 37.

28. F. Varea, *Comentarios a un fallido golpe de Estado*, en “Boletín del CRE”, marzo de 1981, n. 51. p. 1.

tenido que soportar las maniobras de quienes, en 1978, vendían la imagen de un rey «piloto del cambio»; ahora la mitología del régimen había creado un nuevo tópic: el del rey «salvador de la democracia». Ni lo uno, ni lo otro sería asumido por quienes continuaban ejerciendo como símbolo de la lealtad republicana en México. No sólo eso, sino que en 1982, con motivo del consejo de guerra a los implicados, el “Boletín del Centro Republicano Español en México” expresó públicamente sus dudas sobre la implicación de don Juan Carlos en una trama de la que fue el principal beneficiado; maniobra nada extraña si se tenían en cuenta sus antepasados.

Ahora bien, ni siquiera aquella postura oficiosa evitó que el mismo “Boletín” publicase una carta de Manuel Riera, delegado de relaciones con Europa de ARDE, fechada en París en abril de 1981, reconociendo lo que, hasta entonces, los republicanos se habían negado a aceptar oficialmente: la extensión indudable de un sentimiento “Juancarlista” que, no obstante, poco tenía que ver con el sentimiento monárquico:

El primer magistrado estuvo en su sitio y cumplió con su deber. Digamos de paso que la posición de Don Juan Carlos no nos sorprendió a muchos republicanos. Esperábamos que así fuera porque conocíamos lo que un antiguo miembro del Consejo privado de su padre Don Juan, Conde de Barcelona, llamó “el constituyente liberal de su educación inglesa”. Este liberalismo hecho de respeto a los principios democráticos y de acatamiento de la Constitución que el legitimista monárquico detectaba como elemento base de la línea política del actual jefe de Estado y que le permitió oponerse al pronunciamiento²⁹.

Esa imagen moderadamente positiva le servía para, desde una posición mucho menos combativa hacia a la figura de don Juan Carlos que en etapas anteriores, insistir en cuestionarse porque el rey no decidía la necesaria consulta popular sobre la forma de Estado, que resolvería el problema de su legitimidad. Y es que, por muy acendrado que fuese el “juancarlisto” del pueblo español y de buena parte del exilio, los republicanos del Centro habían hecho suyo un axioma que el “Boletín” incluía entre sus páginas cada mes: «pero un país que dejó atrás la monarquía no debe volver a ella, por buena que sea, porque eso significa un retroceso social y político»³⁰.

Aquellos españoles

La transformación moderadamente positiva de la imagen del monarca en el exilio contrasta con la de España y, paradójicamente, con la de los

29. M. Riera, *Extraño y latente republicanismo*, en “Boletín del CRE”, mayo de 1981, n. 53, pp. 7-8.

30. F. Guillén, en “Boletín del CRE”, mayo-junio de 1977, n. 9, p. 2.

españoles. Cuando se iniciaba la década de los Ochenta, la situación de aquella se parecía, más que a un sainete, a una opereta. El milagro, ampliamente divulgado por la propaganda del régimen, comenzaba a “hacer agua”. A la crisis económica se sumaban el terrorismo y un autonomismo, mal entendido, que ponía en peligro la estabilidad. Pero lo peor era el desencanto colectivo y la apatía generalizada. Si a los exiliados les resultaba difícil asimilar los cambios políticos ocurridos en España, mayor aún era el extrañamiento ante las transformaciones sociales y mentales sufridas por sus compatriotas. De esa manera, la evolución del pueblo español constituyó sorpresa desagradable. El problema estribaba en un hecho incuestionable y sin solución alguna: que aquellos habían cambiado drásticamente, en tanto que «los que se marcharon seguían siendo los mismos»³¹.

El heroico comportamiento del pueblo hispano durante la Guerra civil, idealizado, congelado, reinventado, resultaba muy diferente al que apareció ante los ojos del exilio una vez muerto Franco. Alguno aseguraba que la sociedad de consumo y las cuatro décadas de franquismo habían corrompido las esencias españolas, dando lugar a un nuevo español: derrochador, mal trabajador, chapucero, informal, corrupto, amoral, absentista, dominado por el consumismo, por la desgana y «por la pérdida de los valores morales y espirituales lo que unido al destape sexual, produce un materialismo exacerbado y un consumismo insatisfecho que desemboca en una neurosis colectiva»³².

Una actitud que, se sospechaba, era promovida desde el poder. El español había comenzado a entender como nuevo todo lo ocurrido en España después de la guerra y viejo, en el peor sentido de la palabra, todo lo anterior. Viejos eran los hombres y las ideas del pasado. Por eso

[...] comenzaron a alejarse de sus padres porque los consideraban viejos fracasados; los jóvenes dejaron de aplicar las reglas de urbanidad porque eran decadentes; de guardar amorosamente las reglas del arte en su quehacer profesional, de ejercitar las normas de respeto y atención hacia quienes por razón natural tenían más experiencia y más saber del que tomar lección en su propio beneficio y en el de la comunidad; de cultivar los tesoros de la autenticidad, de la austeridad, del recato, de la dignidad, de la propia estimación, de la decencia en suma³³.

Eso explicaba el creciente abandono de los valores éticos; la postergación de las costumbres de los españoles de todos los tiempos, y su sustitución por otros hábitos «zafios, insolidarios y chabacanos»; la proliferación

31. J. Alonso Giner, *¿Qué les pasa a los españoles?*, en “Boletín del CRE”, noviembre de 1980, p. 4.

32. A. Márquez, *La francachela sigue*, en “Boletín CRE”, agosto de 1978, n.19, p. 2.

33. A.C.M., *Lo viejo y lo nuevo*, “República Española”, 15 de mayo de 1976, p. 2.

de la chapuza; la pérdida de valores como la sinceridad, la austeridad o el amor a la libertad y la justicia.

La nostalgia y la excesiva idealización del pasado presiden cuantas comparaciones realiza el exilio entre la sociedad y las costumbres de la España de los años Treinta y las de la Transición.

A decir verdad, aquella impresión no era nueva, ya en 1963 tuvo especial eco en el exilio mexicano un artículo de Juan Goytisolo, publicado en “Siempre”, en el que se ofrecían las claves para explicar el incomprensible cambio de imagen de los españoles que es evidente durante la Transición política. El escritor apuntaba que era preciso admitir la responsabilidad de los españoles en el franquismo. Si bien no era totalmente cierto que cada pueblo tenía el gobierno que se merecía, sí lo era que si Franco se mantenía en el poder no podía ser por casualidad. Contra la imagen idealizada del pueblo español que el mexicano de toda ideología mantenía desde la guerra de 1939, Goitisolo dibujaba un mapa desolador de la sociedad hispana

[...] el pueblo español vive de la renta de un capital de heroísmo forjado durante los tres años de la guerra civil [...]. El comportamiento heroico de un pueblo en un momento determinado de su historia no autoriza a considerarlo y tratarlo como tal de manera vitalicia. El hombre esforzado y valiente frente a las balas puede ser cobarde y timorato ante una ideología que contradiga sus hábitos mentales³⁴.

Aquel español eterno que el exilio añoraba, todo espíritu frente al materialista anglosajón, pobre y orgulloso, sincero y desprendido, apasionado y valiente, era un estereotipo falso. En realidad, la pobreza ascética y el desinterés no eran virtudes del pueblo español. La primera no era, según Goytisolo, una virtud «por el sencillo motivo de que no es resultado de una elección voluntaria y por lo tanto moral, sino de una realidad anacrónica que soportamos hace siglos y contra la que carecemos de suficiente valor para rebelarnos».

Por otra parte, el desinterés no era desprendimiento, sino resultado de la inexperiencia social. En su relación con el otro, sobre todo con el extranjero, desde un profundo complejo de inferioridad, el español se desvivía por atenderle, pero no por desapego sino porque esperaba sacar partido de él. El heroísmo tampoco describía al español de los años Sesenta. Bajo aquella máscara mítica se escondían las “virtudes” de un nuevo español, que detrás de un barniz de franqueza escondía el disimulo y la duplicidad:

[...] la astucia y la hipocresía establecidas por un sistema opresor, contagian a la postre a la totalidad del cuerpo social. En un país en donde las leyes que rigen el

34. J. Goytisolo, *España 1963*, suplemento de “Siempre”, 8 mayo 1963, n. 64, p. II.

mecanismo de la sociedad son falsas, las relaciones personales de sus miembros, propenden a ser falsas también. El hábito de callar y mentir en público creado por una dictadura acaba por infiltrarse en la vida íntima de quienes la soportan³⁵.

La hipocresía, la infidelidad, la envidia, describían mejor al habitante de la península que convivía en el franquismo que los antiguos rasgos del español eterno. La moral franquista, señalaba el escritor español, había derivado en una de las sociedades más inmorales en lo que a relaciones familiares y matrimoniales respecta de su entorno cultural. La censura impuesta había degenerado en censura personal en cada uno de los actos de la vida cotidiana. El español de 1963 era corrupto en sus costumbres y tan egoísta como enemigo radical del pensamiento y de la política. Su legendario orgullo era, en los años Sesenta, miedo enfermizo al progreso. El escapismo, el temor a enfrentarse de frente a los problemas, dominaba en todas las clases sociales. España era la sombra de un pueblo, una ruina. Ninguno de cuantos artículos sobre los españoles se publicaron en México durante estos años alcanzó la dureza de éste que, no obstante, pretendía, desde la asunción del engaño, poner la primera piedra de la regeneración.

La pluma del crítico escritor español no fue la única que difundió México una imagen distinta sobre la convivencia entre Franco y los españoles. Los mexicanos, no obstante, planteaban el debate en otros términos. Roberto Blanco Moheno, conocido escritor y periodista, viajó a España en 1964. A su vuelta, publicó en “Siempre” un artículo especialmente polémico para los refugiados españoles residentes en aquel país. En aquel artículo acusaba al exilio de desvirtuar la imagen de España, engañándose y engañando a México, por pasión y rencor, y negándose a reconocer la verdad: que los españoles son franquistas, adoran a Franco, porque saben de si mismos lo siguiente: «la mayoría de los españoles adultos, considera que su pueblo no puede, a causa de su temperamento individualista y su manera pasional terrible, vivir en un régimen de partidos»³⁶.

Ante aquellas “evidencias” el exilio acusaba a Franco de haber envenenado el alma española. El “gran inquisidor” que fue el Caudillo, había terminado viciando al pueblo español.

Lo cierto es que esa imagen negativa se fue afianzando durante la Transición, a la par que un progresivo extrañamiento separaba cada vez más a los españoles de la península de la España peregrina. Algo que, en no pocas ocasiones, era causa la profunda amargura que se aprecia en comentarios como éste de Alvaro Custodio: «[...] en palabras de Carlos III [...]. Los españoles son como niños, siempre lloran cuando se les quita la mierda»³⁷.

35. *Ibidem*, p. III.

36. R. Blanco Moheno, *Franco II*, “El Universal”, 26 noviembre de 1975, p. 5.

37. A. Custodio, *El gobierno de los señoritos*, en “Siempre”, 8 junio de 1977, pp. 42-43.

La situación económica y social

Por lo que a la situación económica y social respecta, la imagen de cuantos exiliados visitaron la península en los años de la Transición resultaba concluyente. La falsa prosperidad del franquismo había mostrado su verdadera cara y el milagro español se había desinflado: «la tan decantada prosperidad de los últimos años, el tan cacareado milagro español, está resultando un monigote de nieve que se deshace al contacto con la caliente realidad»³⁸. Las diferencias entre aquella imagen positiva, que tanto preocupó al exilio en la década de los Sesenta, y la de los años Setenta era sustancial. Por aquellos años, Fidel Moral se mostraba así de afectado tras su visita:

[...] Yo vi la transformación, yo vi la transformación. No había limosneros que eso era una plaga en mi época ¿me entiendes? No vi limosneros o sea que había un medio de vida bastante, yo lo veía bastante, bastante aceptable, vaya yo veía la miseria por ningún lado ni nada³⁹.

Sin embargo, las apreciaciones de una década después eran muy distintas: «[...] Muchos limosneros, mangantes. En otra época yo elogíe a España porque evitó los limosneros, la gente pedía que los jubilaran porque la pensión era decorosa, en mi tiempo la jubilación era la muerte»⁴⁰.

En los momentos en que la crisis económica tocaba fondo, publicaciones como “Adelante”, órgano del Partido Federal Socialista en México, abrieron sus ediciones con titulares alarmantes como éste: *España va al garete*. El descontento en todos los sectores iba en aumento, resultaban inútiles las versiones para crear una falsa imagen de prosperidad en el país. La situación del campo resultaba crítica, por la decadencia del agro y porque el campesino ya ni siquiera podía emigrar para alquilar su fuerza de trabajo en el extranjero, donde sólo era aceptado como criado – «fenómeno triste y humillante, que jamás ofreció España a los ojos del mundo, ni en los peores tiempos de monarquías y dictaduras»⁴¹. Eso estaba provocando un traslado masivo hacia los centros urbanos, donde la industria sufría la falta de mercado interno, resultado de la aceleración de la inflación y la devaluación de la peseta. Por otra parte, la política socioeconómica era caótica. A la desocupación y la inflación se sumaban la incertidumbre creada en los inversionistas extranjeros por la situación política del país. Esa contención del capital había dado como resultado una disminu-

38. A. Márquez, *Absentismo*, en “Boletín del CRE”, septiembre de 1979, n. 32, p. 5.

39. *Entrevista a Fidel Moral*, AOE-AGC, PHO/10/71.1. p. 672.

40. *Ibidem*, p. 85.

41. F.M. Heredia, *Situación económica*, en “Adelante”, 16 agosto 1976, n. 3, p. 1.

ción en la producción de bienes y servicios y, lógicamente, un alza de precios y un aumento del número de desempleados. La inestabilidad política había favorecido la fuga de capitales e incrementado la inflación. La peseta se había devaluado. Por otra parte, la imprevisión, la torpeza, el arbitrio de quienes gobernaban España, habían acentuado una crisis mundial que, sólo en 1976, había reducido a un 40% los ingresos turísticos del país, dejando sin trabajo a un buen número de españoles y sin ingresos al gobierno. En esa situación, nada podía ocultar la negra realidad económica de España.

En ese clima pesimista existía un tema más que el exilio no podía dejar de cuestionarse, la configuración del Estado de las autonomías. Calificado por ellos mismos como uno de los asuntos más vanguardistas en los que estaba empeñada la Transición, el asunto provocó reacciones contradictorias. De forma mayoritaria se estimó que la solución dada al problema de las nacionalidades históricas suponía un paso atrás respecto a la República. Se especulaba, además, sobre el costo económico y político que la generalización del régimen autonómico tendría para España.

El exilio republicano expresó su opinión a través de Fernando Valera, quien señaló en “Excelsior” que el problema no encontraría solución hasta que se entendiese que la negociación era necesaria, especialmente en el caso vasco. El poder centralista nunca entendió que el examen de este conflicto milenarista tenía que plantearse también desde la perspectiva vasca; ni siquiera era consciente de que ese planteamiento existía. La identidad andaluza, canaria, catalana, podían ser motivo de negociación, pero la identidad vasca, como ente soberano de raíces milenarias, no era materia negociable, por razones que los demás españoles eran incapaces de reconocer⁴².

¿Está bien lo que bien acaba? El triunfo del PSOE

Cuando las expectativas parecían más negativas algo devolvió la esperanza al exilio mexicano. En 1982 los españoles demostraban un deseo de cambio más profundo que el que se había realizado: la desarticulación de las estructuras de la dictadura. No sólo la victoria del PSOE, también la derrota aplastante de la ultraderecha permitían asegurar que, ahora sí, el pueblo español había decidido enterrar a Franco. Más aún, el descalabro de la UCD constituía una muestra de la madurez de un pueblo, que rechazaba así la práctica de una política de puras ambiciones personales. Los resultados habían dado una lección a un partido que había ido caminando hacia el suicidio colectivo, desde los últimos tiempos de Suárez, y en el

42. F. Varela, *Dignidad de la lengua vasca*, “Excelsior”, 9 mayo de 1979, p. 7.

que las rivalidades personales habían llegado a extremos inauditos. Si bien, el hundimiento del centro político preocupaba al exilio, por la posible bipolarización política en el futuro, la reacción no pudo ser más positiva. Jesús Bernárdez, miembro del consejo editorial del “Boletín del Centro Republicano Español en México”, convertía el éxito socialista en el de todo el exilio de esta manera:

Para todos los españoles que sentimos fervorosamente la democracia y aspiramos a una sociedad más libre y más justa, ha sido motivo de júbilo extraordinario la victoria socialista. Por encima de ciertas actitudes injustas que hemos tenido que sufrir y al margen también de las diferencias en torno a la concepción política del Estado, los republicanos consideramos como propio este triunfo, que abre nuestro corazón a la esperanza y que nos ha hecho sentir que ese día hemos recuperado de nuevo nuestra patria⁴³.

El balance, ¿qué hacer?

Ya señalamos que hubo dos maneras de posicionarse frente al destierro y dos tipos de exiliados. El primer grupo, el más numeroso, al quedar patente la falta de transitoriedad del franquismo, abandonó la política activa, a la vez que intentó integrarse en la sociedad que lo había acogido. El otro, minoritario, se mantuvo activo políticamente, conservó la esperanza de volver a la península y nunca llegó a integrarse plenamente en la sociedad que le recibió. El primero observó la Transición desde la tranquilidad que le otorgaba el sentirse espectador de una obra que, aunque le doliese, ya no era la suya. El grupo activo lo hizo con el compromiso y el deseo de participar en la España que se configuraba tras la muerte del dictador. Evidentemente el balance iba a ser muy diferente en cada caso. No obstante, el sentimiento de pérdida y de alejamiento, voluntario o forzado, resultan unánimes

[...] testigos parciales y emocionados — y en el fondo tascando el freno de nuestra impotencia física para participar desde dentro — pero por otra parte — en una dramática contradicción — conscientes de que ya no somos integrantes de allí, como tampoco, más por razones constitucionales que de arraigo, lo somos de aquí⁴⁴.

43. *Ibidem*, p. 1.

44. L. Néstor de Buen, *¿Qué es para nosotros España?*, en “Siempre”, 21 marzo de 1979, p. 39.

ITALIA CONTEMPORANEA

Istituto nazionale per la storia del movimento di liberazione in Italia

Numero 237, dicembre 2004

Studi e ricerche

A sessant'anni dalla Liberazione. Studi e ricerche sulla Resistenza
Mimmo Franzinelli, *Ultime lettere. Scritti di fucilati e deportati della Resistenza*

Santo Peli, *Dimensioni militari e politiche della Resistenza*

Fabio Gentile, *Fra vissuto e scelta politica. I fascisti napoletani da Salò al Movimento sociale italiano, 1943-1948*

Michela Ponzani, *I processi ai partigiani nell'Italia repubblicana. L'attività di Solidarietà democratica, 1945-1959*

Note e discussioni

Santo Peli, *La memoria pubblica della Resistenza*

Gianni Perona, *Sulle ultime lettere dei "condannati a morte" della Resistenza*

Tra fonti e ricerca

Paolo Ferrari, *Finanziare la Resistenza. Documenti su Alfredo Pizzoni e gli Alleati*

Lucia Realini, *Fronte interno 1942. Manifestazioni di protesta delle donne di Milano e provincia*

Massimo Ferrari, *Forza idealismo. In margine a un "pamphlet filosofico"*

Leonardo Rossi, *Didattica e media nella storia contemporanea. Ricordo di Antonio Criscione*

Rassegna bibliografica

Schede su "Seconda guerra mondiale" a cura di Gloria Chianese, Alexander Höbel, Franco Pedone, Lucia Realini, Giorgio Rochat, Andrea Filippo Saba

Indice dell'annata 2004

"English summaries" a cura di Vittorio De Tassis